

—No; no es eso tan fácil; creo que podemos utilizarlo, lo mismo que al partido vencido.

—¡Señor general—dijo Ocampo—, lo mismo de siempre!... Si venimos luchando contra todos los abusos y todas las tiranías, la hora del triunfo no es la de las transacciones. El clero es rico, es verdad; por esta razón precisamente, necesitamos empobrecerlo. El ejército está en contra de nosotros; debemos exterminarlo; dejarlo con sus armas, es entregarnos a discreción.

—Pero no todo en un día—dijo Comonfort—. Estoy de acuerdo en todo ese programa, que es el de la revolución, pero en estos momentos lo encuentro peligroso.

—Pues yo creo—dijo Ocampo—que es el instante oportuno, cuando todavía no se dan cuenta de los sucesos.

—No nos entenderemos, señor general Alvarez; el gabinete está desconcertado.

—Señor Presidente—dijo Ocampo—, presento mi renuncia y me voy; conmigo nada pierde la revolución.

—Y yo, señor Presidente—dijo Comonfort—, renuncio mi puesto en el ministerio, y dejo que sigan su curso los acontecimientos.

—Señor general Comonfort—dijo Ocampo—, la presencia de usted es de un interés radical; se ha hecho usted centro de la revolución, nuestro ejército sigue a usted como a una bandera; usted no debe separarse, no sería patriótico. Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda a la nación en un abismo de sangre.

Saludó respetuosamente y salió para siempre de palacio, dejando profundamente preocupados a aquellos hombres, sobre quienes pesaba la responsabilidad inmensa ante la situación y ante la historia.

IV

Cuando Comonfort se quedó solo, apoyó sus brazos sobre el bufete y descansó la cabeza entre sus manos.

Después, como reflexionando, murmuró: —No, no es Ocampo; ése es un idealista, una capacidad gigante, pero... ¡No, no es ése!... El otro, sí; no sé qué veo en él, que me espanta.

Callado y mudo como una esfinge, inmóvil como una estatua... ¡Ese hombre es mi destino, le tengo miedo!... ¡Yo voy con el impulso revolucionario, que arroja en pedazos la religión, que destruye lo edificado por nuestros padres, que despedaza cuatro siglos, que se impone sobre todo como una deidad sangrienta!... Y yo, yo soy la mano que lleva el timón de esa nave osada en el mar conturbado de lo desconocido. ¿A dónde estoy?... ¡Yo no era nada, esto es una revelación espantosa, he entrado en un abismo..., al son de los toques sagrados, la excomunión caerá sobre mi cabeza!... ¡Pero no soy yo, no; me empujan, me llevan contra mi voluntad... y tengo mie-

do! ¡Pero ese hombre, siempre impasible, delante de mí!... ¿Quién le ha arrojado al seno oscuro de la revolución, como un relámpago siniestro?... ¡Y está aquí como un testigo de bronce y le veo despierto y en mis sueños sigue mis pasos, le siento y cierro los ojos y le veo!... ¡Juárez!... ¡Juárez!... ¡De su mano saldrá el rayo..., el clero y el ejército! Ese hombre no se asoma al peligro, y si se asoma es para desafiarlo. Su fe es la fuerza que todo lo domina, todo lo pisotea, todo lo osa, no hay valladar que no destruya, parece que ha leído de antemano en el libro del destino... Ese... ése... es el único que me impone... Es un juez inexorable, un fantasma aterrador, algo sobrenatural que no me explico y que lo siento. ¡Pero yo no debo cejar! «Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda al país en un abismo de sangre»... Sacó un pañuelo, enjugó el sudor de su frente, y tomó un legajo que estaba sobre el bufete.

CAPITULO IV

LOS PINTOS

I

El 15 de noviembre del año histórico de 1855, hizo su entrada en la capital el caudillo de la revolución, general Juan Alvarez.

La elegante México, la ciudad pefimetre, acostumbrada a presenciar aquellas revistas militares en que los cuerpos de la guardia ostentaban sus ricos y bordados uniformes, aquellos corceles enjaezados con plata, aquellos generales llenos de cruces y condecoraciones, aquellas baterías deslumbrantes, todo aquel aparato magnífico, veía como una incursión de bárbaros a las fuerzas surianas, con su calzón blanco, sus huarachas, sus sombreros de palma, sus camisas de fuera, sus cinturones de cuero con sus machetes y sus caballos flacos y con sillas viejas.

La mayor parte de aquellos hombres, tenían manchado el cuerpo y la cara, como las panteras, con manchas purpúreas, blancas, achocolatadas y azules.

Esta enfermedad cutánea es de las costas surianas y se tiene por contagio o por herencia; pero no trae resultado.

El aspecto de aquellas turbas arrojaba como recuerdos de la historia.

Era un espectáculo enteramente nuevo, pero terrible.

Con distinto color y traje, entraban en México, con el mismo desorden de los invasores americanos; porque las tropas vencedoras, son todas unas en los momentos del triunfo.

El pueblo acudió con gran entusiasmo y la gritería era espantosa, entre la que sobresalían los alaridos de los pintos.

¡Aquellos hombres representaban la victoria, ellos habían derramado su sangre en las batallas, ellos habían subido a los patibulos, ellos habían llenado las prisiones!... ¡Pueblo virtuoso, valiente, desinteresado, y con la llama del patriotismo en el corazón!

II

Todos los balcones de la capital estaban inundados de gente. Las campanas de todos los templos repicaban a vuelo. Se formó una valla compacta desde la puerta principal del Palacio, hasta la entrada de la Catedral.

El general Alvarez salió a pie, tomado del brazo de uno de sus amigos, y atravesando por aquel camino, lentamente, en dirección a la Basílica, entre las aclamaciones más ruidosas. Aquel hombre recordaba la entrada del ejército trigarante, cuando Iturbide recibía las ovaciones más grandes, el 27 de septiembre de 1821.

El clero, su mortal enemigo, le esperaba con palio y ciriales en la puerta del templo, y le condujo al lado izquierdo del altar mayor.

Se cantó un «Te Deum» en honor del héroe de aquel día, reservándose en el interior de los frailes, las maldiciones más espantosas para el caudillo y su gente; porque el clero comprendía que le había llegado su momento en la historia.

Entre aquel inmenso gentío se distinguía la turba de estudiantes capitaneados por Manuel y por Mario, que metían un verdadero escándalo.

Entraron en la Catedral y allí prorrumpieron, violando el respeto antiguo, en una gritería de vivas al general Alvarez y a la libertad.

Los frailes estaban azorados.

Manuel quería subir al púlpito; pero era tanta la gente, que no pudo llegar.

Aquel templo que en tres siglos sólo había escuchado el canto de los salmos, repitió en sus bóvedas los gritos revolucionarios del pueblo.

Concluido el «Te Deum», regresó el general a palacio.

Los Virreyes y los Presidentes, siempre que salían, eran custodiados por sus genízaros. El caudillo no fué cuidado más que por el pueblo.

Comenzaba decididamente una nueva era.

Los batallones surianos cruzaron las vías de la ciudad en todas direcciones, entre el tumulto popular, y entraron en sus cuarteles.

III

La señora de Pantoja estaba en el balcón con sus hijas y su esposo, viendo el desfile.

—Pero, señor—gritaba la vieja—, ¡esto es inconcebible! Estos no son hombres, éstos son bárbaros, nos van a comer crudos.

—Calla, Toribia—decía el español—. Estos valen más que los soldados que has visto, puesto que los han vencido.

—Yo no lo creo—dijo doña Toribia—. ¡Si estos son tigres! ¡Miren, miren, qué manchas!

—Pues con esos hombres manchados, se hizo la independencia, hija mía.

—Por eso ha salido tan buena; no pareces español; esto te agrada más que el virreinato.

—Sí, y más que todas las farsas de S. A. S.

—¡Que no me des una cólera, hombre; esto es espantoso y con las camisas de fuera y los pechos al aire libre!

Las gemelas se reían a dos carrillos.

La señora Pantoja se llevó las manos a la cabeza:

—Miren, niñas, miren. ¡Cómo había de faltar! ¡Allí viene Manuel con un pinto! Esto es abominable: ¿si nos lo querrá presentar?

Manuel venía del brazo de un oficial suriano, que había sido su condiscípulo en San Juan de Letrán, se lo había encontrado y se lo llevaba a su casa.

El oficial era un joven sumamente simpático, pero su semblante tenía una mascarilla azul.

Ese muchacho había recibido en el colegio el sobrenombre de «Juan Gallinazo», y así le conocían todos los estudiantes.

Dió la casualidad, que frente a la casa del señor Rentería, se encontraran Manuel y otros amigos.

—¡Viva «Juan Gallinazo»!—gritaron todos, y colmaron de abrazos a su antiguo condiscípulo.

—Pero, ¡Dios mío!—dijo doña Toribia—¿No han oído ustedes? Ese demonio se llama «Juan Gallinazo».

Las muchachas dieron una carcajada.

—¡Lo he oído bien, «Gallinazo»; en la Independencia hubo un «Pípila», esto no tiene nombre! Es necesario decir a Manuel que prescinda de esa amistad, o que no ponga los pies en esta casa.

Manuel saludó a la señora, y «Juan Gallinazo» se quitó el sombrero.

—¡Y me saluda ese condenado!—gritó la abominable vieja. El grupo de estudiantes se detuvo en la calle.

Repentinamente la señora Pantoja comenzó a hacer aspavientos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dios mío, ya comenzó la bola! ¡Ya me lo temía! ¡Los bárbaros! ¡Los bárbaros!...

Una joven bonita y coquetona, costurera de la casa de Rentería, llevada por la curiosidad, había salido a la calle.

Un grupo de soldados surianos la vió pasar, y como les hubiera gustado, la tiraron del rebozo. La costurera espantada,

se escapó como pudo y entró a la casa seguida de los pintos y de una cauda de pueblo.

Los soldados penetraron en la casa y se armó gran escándalo.

Dos mozos del español quisieron detenerlos, entonces sacaron a relucir los machetes y les dieron una soberana paliza.

La señora pedía socorro.

Entonces Manuel dijo a «Juan Gallinazo» que contuviera el desorden, y éste se precipitó machete en mano.

—¡Fuera de aquí!—gritó a sus soldados, que envainaron sus armas.

—¿Qué pasa?—dijo Juan.

—Nada, mi comandante—respondió un suriano—; esta cristiana tiene buenos bigotes y queríamos llevarla a pasear, y nada más, mi capitán.

—Retírense.

Los soldados se retiraron entre las carcajadas del pueblo.

«Juan Gallinazo», que era un hombre bien educado, subió la escalera y preguntó por el señor de la casa.

—No abran—gritó la vieja—. Ese se nos lleva a todos.

El señor Rentería contestó no tuviese cuidado, y recibió al oficial.

—Señor—le dijo Juan—, ruego a usted disimule a esos muchachos, no están al tanto de ciertas costumbres y suelen cometer estas faltas; pero es gente muy buena.

—Señor oficial—dijo el español—, estoy al tanto de todo y le agradezco a usted sobremanera su fino comportamiento.

—Lamento que las señoritas hayan pasado un mal momento; pero estas escenas no se repiten fácilmente.

—Señor oficial, ésta es la casa de usted.

—Gracias, señor: ya me alojo con Manuel y todavía no sé dónde viviré, pero me ofrezco a sus órdenes.

El oficial salió a reunirse con sus compañeros.

—¡Había el español!—dijo la señora Panzoja—Parece imposible.

El español se sonrió, le había hecho gracia el oficial; porque tenía, a pesar de su nacionalidad, sus ribetes de demagogo.

VI

Manuel, «Juan Gallinazo» y sus amigos, se fueron en derecha al «café del Infiernito».

—¡Qué diablo—dijo Juan—los hubiera buscado en el fondo del infierno!

—Pues ya estamos en él; supongo que querrás meterte debajo de las narices una buena cena.

—No me vendría mal.

—¡Pues al abordaje!

Tocó las manos, y dijo al mozo:

—Cuatro cenas bien servidas; toma.

Y le alargó un duro.

—Yo pago—gritó «Juan Gallinazo».

—Eso nunca—dijo Manuel—; eres mi huésped, y no lo permito; ya te saquearé en su oportunidad.

—Cuanto tengo, es tuyo.

—Ya lo sé. Ahora platiquemos un rato; pero antes venga una copa de Tequila.

Llegar las copas y desaparecer, todo fué obra de un segundo.

Púsose un mantel de color dudoso, unos cubiertos de peltre y unos vasos opacos.

—¿Este es el lujo de México?—dijo riendo «Juan Gallinazo».

—Hombre, vienes de comer «pozole» y todavía no te gusta esta mesa.

—En la montaña sería un gran convite, pero en la capital...

—Tú te callas la boca, que el servicio de mesa va a estar magnífico.

El mozo colocó una sopera con un caldo turbio con acelgas.

—¡Zacate en agua sucia!—dijo «Juan Gallinazo».

—Tú vienes de comer carne de mono en la sierra. Civilízate y toma la sopa.

—Bien—dijo Juan—, me callo; pero conste que en el «Infiernito» se come de los diablos.

—Si tú vieras—dijo Mario—que hay días en que pasamos por aquí y que con el olfato nos devoramos estos platos.

—Pero ahora es otra cosa—dijo Manuel—; ya somos capitanes de la guardia nacional y nos tratamos como príncipes... del Congo. Conque ve diciendo qué ha sido de tu vida; te largaste a vacaciones y no nos volvimos a ver.

—Amigos míos—dijo Juan—, traigo una historia maldita, que no he podido olvidar ni en las tormentas de la revolución.

—Cuenta, cuenta—dijo Manuel—, que después seguiremos nosotros; ya se va haciendo tarde y estamos solos; los parroquianos se han ido a gatas; es la manera de salir de este «Infiernito».

—Pues bien—dijo «Juan Gallinazo», después de un momento de silencio—. Nací en la costa y fui salvaje como el Océano. Recorría los inmensos terrenos de nuestra propiedad, iba a las ciénagas a matar culebras, hacía grandes correrías con mi padre y le acompañaba a las montañas a la caza del tigre.

Me habitué a esa vida nómada, dormía bajo los árboles y nada me asustaba, ni esas tempestades terribles que sacuden rayos que azoran a las fieras.

Cuando regresábamos al pueblo me reunía con todos los muchachos, niños y niñas, y retozábamos brutalmente.

Entre aquellas niñas había una, bellísima, hija de Pietro, un italiano avecindado en una casa de campo.

Sus cabellos color de oro y sus ojos azules como los cielos de la costa.

Blanca como la espuma del Océano, sus labios unas cerezas, sus pies diminutos y su cintura, donde podía enroscarse por tres veces una víbora.

Delante de esa niña se abrió mi corazón al sentimiento del amor en las primeras respiraciones de la vida.

Ella también me amaba, pero nunca había salido de nuestros labios una palabra; teníamos miedo.

Yo la paseaba cogida su mano, por las arenas de la playa a orillas del mar. Les tenía miedo a los lagartos. Yo me reía de sus temores y la contemplaba como una deidad que había salido de las olas.

Aquella pureza era mi encanto. Aquella belleza era mi idolatría.

Así crecimos, mi vida injertada en la suya, mi espíritu confundido con el de Magdalena.

Una tarde, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho pedazos, le dije que íbamos a separarnos. Ella tembló como el tallo de las rosas al soplo primero del terral.

—Sí—le dije—; es necesario partir. Voy a México a emprender una carrera para hacer nuestro porvenir, vendré y nos uniremos para siempre.

Ella no respondía, puso su preciosa frente sobre mi corazón y lloró silenciosamente.

¡Rayo de Dios!—gritó Juan—¡Aun siento aquí el calor de sus lágrimas!... ¡Muchacho! Más vino, es necesario aturdirse un poco.

Tomó una copa de licor, y continuó:

—Nos separamos. Ella tuvo una idea extravagante: me dijo que al pasar el Mexcala, arrojara una piedra en la corriente, que era como si nuestro amor quedase allá depositado hasta que volviera a recogerlo.

¿Si este amor será llevado por la corriente?, pensé yo, y me estremecí.

Yo volvería cada año en las vacaciones.

¡Partí; desde lo alto de la montaña, me despedía de aquella costa tan querida!... Veía el mar como una cinta azul, donde se agrupaban las brumas del amanecer, que disipa el sol con los dorados de fuego de sus rayos.

Vi allá entre el grupo de casas del pueblo, los árboles del jardín de Magdalena, allí quedaba ella en el nido, como una paloma viuda abandonada. ¡Pero no dejaría de amarme, ni de pensar en mí!...

Desde la roca di espantosos alaridos de dolor, grité, lloré, me maceré los cabellos y partí a galope entre el huracán de la desesperación.

Escribí en todas las postas; yo me sentía morir.

Llegué a México, ¡maldita sea vuestra tierra! Es como esas sirenas que enloquecen a los viajeros con el encanto de sus ojos transparentes y el aliento envenenado de su precioso seno.

Estaba yo sorprendido. Me parecía como un sueño, el mar, las montañas y Magdalena.

Era aquél un cuadro inocente delante de este kaleidoscopio, en que desfilan delante de los ojos tantas y tantas cosas que nos arrebatan y subyugan.

Los domingos, que salía del colegio, los pasaba entre el vértigo de la ciudad, no sabía por qué espectáculo decidirme, ni en qué lugar estar, quería abarcarlo todo, todo, para saciarme.

Entonces te conocí, Manuel, estrechame la mano, tú fuiste mi maestro, porque tú lo conocías todo; ¡qué encuentro tan feliz! Te amo, Manuel, como si hubiéramos salido del mismo seno.

¡Muchacho! Más licor para todos.

Manuel estaba emocionado.

Los estudiantes oían la fácil conversación del suriano y estaban encantados.

Bebieron todos a la salud de los dos amigos, que cruzaron una mirada de afecto y de ternura.

—Una noche iba con Manuel, porque éste quiso arrancarme del abismo. Entramos al teatro, trabajaban Manuel Catalina y Matilde Díez. ¡Cuerpo de Cristo! ¡Yo no volveré a ver un espectáculo semejante; aquella mujer era un genio!

Volví la vista a un palco y allí estaba una dama. Resplandecía de alhajas, su cuello se destacaba entre un oleaje de encajes de Bruselas.

El busto de aquella mujer era una escultura.

Tenía el rostro osado, de sus pupilas negras se desprendía uno de esos rayos que aniquilan, y de sus labios un aliento que abrasaba.

¡Aquella cabeza modelada y aquel peinado artístico y todo el conjunto soberbio, admirable!

Yo, pobre provinciano, no acostumbrado a ver más que a las niñas de mi pueblo, me quedé mudo, aturdido, el recuerdo de Magdalena se esfumaba en mi cerebro, como una lámina de fotografía que se borra lentamente al imperio de la luz.

Yo vestía elegantemente, porque mi padre es rico y quería que no hiciera un mal papel en la capital; pero se conocía que yo no estaba acostumbrado a llevar el traje; debido a esto, quizás, la dama se fijó un momento en mí y advirtió que la contemplaba con admiración.

Las mujeres no desdeñan nunca las adoraciones, vengan de arriba o de abajo.

No sé qué le dijo a otra mujer que la acompañaba, que comenzaron a reirse. Por supuesto, que esa risa fué a mi costa.

—No vayas por ese lado—me dijo Manuel—, porque te espinas.

Yo no hice caso; me escapaba del colegio y seguía a esa mujer como una sombra, en el paseo, en la iglesia, en las calles, en todas partes.

Me hice presentar en su casa.

Aquello era un palacio. Cuanto la moda ha inventado,